

EXCLUSIVA



CON UN COMANDO AL FATAH

Por ANIA FRANCOS

«¿Recuerda lo que le dije el 5 de junio de 1967, en Damasco? —me dice Abu Amar, también llamado Yassir Arafat, nuevo presidente de la OLP (Organización de Liberación de Palestina), encargado de asuntos militares en el seno del comité ejecutivo—. Aunque los ejércitos árabes pierdan esta batalla, para nosotros, los palestinos, todo estará mucho más claro. Ello nos permitirá avanzar».



«Durante nuestra estancia en el campamento asistimos a la parte más espectacular del entrenamiento: una operación que se desarrolla como si el enemigo estuviese verdaderamente presente. Un periodista que ha visitado numerosos maquis, afirma que es el entrenamiento más duro de todos los que ha tenido ocasión de ver.

Los "fedayim" actúan con fuego real. El comandante de las maniobras dice:

"Cuando operan, los israelitas disparan con balas de verdad. Tenemos que acostumbrarnos a no retroceder. Nosotros, los palestinos, o avanzamos o morimos. Entre nosotros no caben los cobardes"...



Estamos en El Cairo, en casa de un embajador que es amigo común. En anorak y pataugas, kefiyé a la cabeza y las mejillas ennegrecidas por la barba, ha venido aprovechando una pausa entre dos reuniones. Con él, Faruk Kadulmi, llamado Abu L..., o «el mejor cerebro de Al Fatah» y antes uno de los pilares de la izquierda del Baas, actualmente responsable de las organizaciones populares de la OLP, quizá el cargo más oneroso. Está igualmente allí Abdul Maggid Shuman, llamado Abu Y..., responsable de las finanzas de la OLP. Tiene, como muchos de ellos, esa expresión indefinible que a menudo poseen tanto judíos como palestinos: humor grave, una especie de bonachonería y un aire milenario, mucha paciencia e impaciencia al mismo tiempo.

En torno a ellos, esos jóvenes austeros y brillantes que tanto impresionaron a los delegados en la conferencia de El Cairo, que hicieron sus estudios en las mejores universidades del mundo, que hablan varias lenguas, aparte del árabe y el hebreo, que pasaron a Al Fa-

tah a raíz de la guerra de los «Seis Días», que admiran profundamente a los tres hombres que, a partir de 1956, comprendieron que sólo la lucha armada devolvería a los palestinos sus derechos nacionales.

Esta tarde están demasiado ocupados y demasiado agotados para contestar a nuestras preguntas. Más vale que vayamos antes a Jordania. Nos han prometido hacer conjuntamente con nosotros, y para cuando regresemos, el balance de estos cuatro años de revolución.

Un embrión de poder civil

Ha nevado mucho en Amman los últimos días. Las calles están llenas de barro. La ciudad sigue pareciendo un gran campamento, pero ahora, más un campamento militar que un campo de refugiados. Jeeps del ejército jordano, de la OLP, de Al Fatah, a veces del FPLP, cruzan sin cesar. La luna de miel con el rey está ya acabando. El

nuevo jefe de la policía, Mohamed Rassoul el-Kilani, parece que está depurando al ejército y a la policía de sus elementos demasiado «pro-fedayim». Pero, por el momento, Al Fatah ejerce prácticamente un doble poder en Jordania y todos se declaran partidarios del movimiento.

En los campos de refugiados que rodean la ciudad ya no se ve, como antes, a hombres útiles sentados en pijama delante de sus tiendas, abandonados al sueño de un retorno a sus hogares perdidos que sólo se convertiría en realidad por un milagro de Allah o de Nasser. Todo individuo útil de sexo masculino se encuentra en un campo de entrenamiento a partir de los ocho años. Además, Al Fatah ha sustituido la dirección «filantrópica» de la UNRWA (organismo de las Naciones Unidas), que formaba mentalidades de mendigos, por el embrión de la administración civil que prepara el futuro: clínicas de primeros auxilios dirigidas por jóvenes médicos palestinos, organismos de distribución de víveres y vestidos, escuelas, etc. Un sínto-

ma significativo: ahora, los niños se niegan a ser fotografiados. Antes eran ellos los que perseguían a los periodistas para pedirles dinero.

Hay que enseñar un salvoconducto de Al Fatah para poder entrar en el «Barrio de los jóvenes», que está junto al campamento de Baka, donde los niños reciben todos los días de dieciséis a diecisiete horas de instrucción en grupos de 175.

Un mocoso rubio nos apunta con su metralleta. Poco después veo cómo le castigan y le hacen bailar «la danza rusa» por haber interrumpido la charla de un responsable. Los niños reciben aquí un auténtico entrenamiento militar: montaje y desmontaje de las armas, tiro. Hacen deporte, juegos colectivos, socorrismo y siguen cursos de moral, de civismo y un mínimo de formación política. Un joven monitor, Abuziad, nos dice: «Queremos transformar las almas y los cuerpos. Vamos a formar un hombre palestino nuevo, combativo, valiente, capaz de liberar su patria y, luego, de vivir en paz en una Palestina laica. Estos niños deben olvidar la

CON UN COMANDO AL FATAH



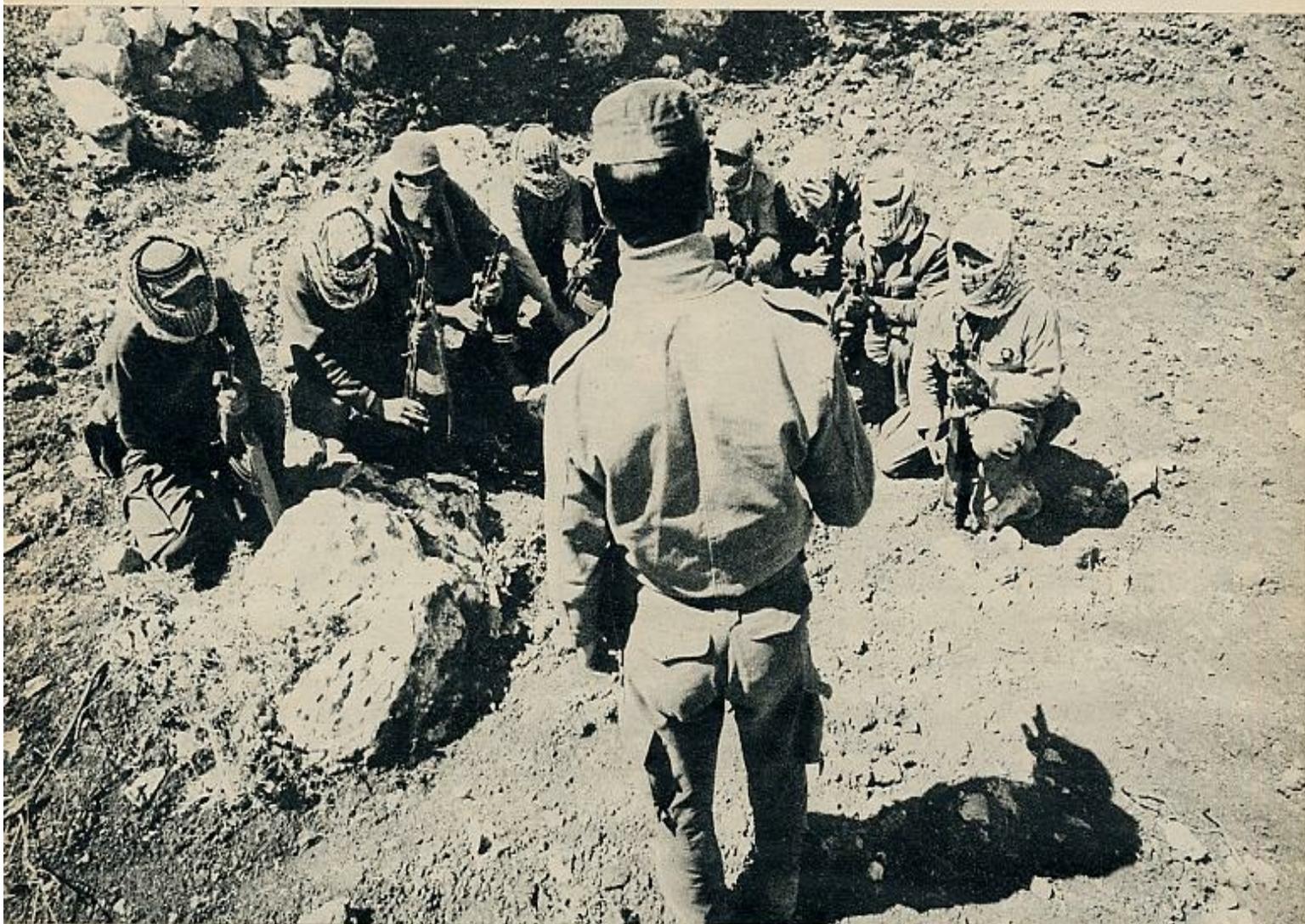
derrota, el exilio. Para ellos, por otra parte, la guerra es más bien Karamé, es decir, una victoria para los fedayim».

Con la cabeza debajo de las cajas

En efecto, la mayor parte de los niños que están aquí son pequeños refugiados de Karamé, ciudad del Jordán arrasada tras la batalla del 20 al 21 de marzo de 1968, en la que Israel había comprometido a 15.000 hombres con la esperanza de ocupar la orilla oeste del Jordán. Pero los «fedayim» se resistieron casa por casa, y fue un fracaso para Israel.

Niños de ocho a trece años, uno de los cuales dijo que se llamaba Guevara, asistieron a la batalla desde lo alto de la montaña donde se habían refugiado con sus madres cuando los paracaidistas israelitas fueron lanzados en torno a la ciudad mientras los tanques se empleaban a fondo. Cheibut, de doce

El programa de entrenamiento es el siguiente: tres días de ejercicios militares, tres días de instrucción política y un día de discusión libre. Hay tres días libres al mes para ver a la familia. Nadie cobra sueldo. Sin embargo, cuando algún familiar necesita ayuda la recibe de un organismo especial. La integración es casi total. El hombre que participa en una acción ha sido probado hasta el máximo y hay una certeza casi absoluta de que no fallará.



años, cuenta: «Los soldados israelitas metían la cabeza debajo de cajas de tomate al tiempo que gritaban: "Fatah, Fatah, no me mates". El no tuvo nunca miedo, no abandonó nunca la bodega de su casa porque su padre y su hermano son «fedayim» y porque él mismo sabe servirse de una metralleta. Mansur dice que los israelitas metieron a todos los hombres de Karamé en una escuela, y que les vendaron los ojos para matarlos.

«No —le corrige Cheibut—, sólo un hombre tenía la cabeza oculta, a excepción de los ojos (debía ser una cogulla), e iba señalando con el dedo a los hombres uno por uno mientras decía: "Fatah"; entonces los israelitas los mataban».

He observado que los niños dicen siempre «sayuni» (sionista), «israeli» (israelita), pero nunca «yehoudi», los judíos. «Es que —nos dice Abu Ziad— las enseñamos la diferencia. Ser judío es una noción religiosa, y los judíos no son nuestros enemigos. Luchamos contra el sionismo, que es una ideología y no es posible ser al mismo tiempo judío y sionista». Y

luego dice algo que he oído después repetidas veces: «Nuestro programa para una Palestina laica no es una táctica, sino una estrategia». Un periodista pregunta a los niños por qué aprenden a luchar: «Para defender a nuestras madres cuando los israelitas ocupen nuestros pueblos y para volver a nuestro país». Después, este mismo periodista, un tanto escéptico, les pregunta en qué clase de Palestina desean vivir: «Bueno —dice Nabil, que es un chaval moletudo lleno de pecas—, queremos vivir en un país laico». «¿Qué significa laico?». Y tras reflexionar: «Allí donde los cristianos, musulmanes y judíos puedan vivir como hermanos». «Y, ¿por qué hay que pelear para construir esa Palestina?». «Porque —dice Nabil— hay sionistas que no la desean».

Salida al amanecer para un campo de entrenamiento de Al Assifa, la rama armada de Al Fatah. Las oficinas de Al Fatah, distribuidas por toda la ciudad, se ven prácticamente desbordadas por las solicitudes de voluntarios palestinos, así como de otros países árabes, e

incluso de europeos. «Pero —dice Ahmad, responsable de la Información— por regla general rechazamos a los voluntarios extranjeros. Tenemos suficientes palestinos; en cuanto a los europeos, no queremos mercenarios ni gente de móviles sospechosos».

El aprendizaje del fuego

El campamento se encuentra en un estrecho valle rodeado de montañas, junto a un pequeño bosque al borde de un «ued». Se disparan tiros al aire para anunciarse. Los oficiales del campamento son jóvenes, bigotudos. Van vestidos de dril. El comandante lleva el uniforme de paracaidista y una boina roja. Casi todos se han formado en las academias de los países árabes. Cada entrenamiento reagrupa aproximadamente a 250 hombres y viene a durar unos tres meses. Pero hay tantos voluntarios desde Karamé que los entrenamientos no pueden durar más de mes y medio. El 70

por 100 de los «fedayin» han ido a la escuela elemental, según se nos informa; el 5 por 100 son universitarios. El nivel de analfabetismo entre los palestinos es ahora de sólo un 15 por 100. El programa se compone así: tres días de entrenamiento militar, tres días de instrucción política y un día de discusión libre (crítica, autocrítica). Tres días libres por mes para ver a la familia. Nada de salarios; sin embargo, las familias reciben la ayuda de un organismo de socorro cuando es necesario. Durante nuestra estancia en el campamento asistimos a la parte más espectacular del entrenamiento: es una operación que se desarrolla como si el enemigo estuviese verdaderamente presente. Un periodista que ha visitado numerosos maquis afirma que es el entrenamiento más duro de todos los que ha tenido ocasión de ver. La operación final consiste en enviar a una patrulla de «fedayim» al asalto de un radar del ejército israelita, que se representa mediante una tienda en lo alto de la montaña de la derecha, radar protegido, evidentemente, por un ca-

CON UN COMANDO AL FATAH

nón. El grupo de «fedayim», protegidos por una patrulla que dispone también de un cañón, ha de bajar con una cuerda por las rocas que caen a pico sobre el «ued», atravesarlo y escalar la otra montaña después de haber atravesado el valle al descubierto. Es como una película.

Victimas en los entrenamientos

Pero se dispara con fuego real. Nosotros, los invitados, estamos con los oficiales que se supone son israelitas, y que rocían abundantemente a los «fedayim» con el fuego de sus metralletas. La patrulla de protección comienza a bombardear. Nos tiramos al suelo. «Cuando operan, los israelitas disparan con balas de verdad —me dice el comandante—. Hay que acostumbrarles a no retroceder. Nosotros, los palestinos, o avanzamos o morimos. Entre nosotros no caben los cobardes». Claro que, a veces, hay víctimas en los entrenamientos, nos dicen. Sólo el 50 por 100 de los candidatos son aceptados al terminar los mismos. «Pero ese 50 por 100 es de auténticos hombres».

Comida en la tienda de los oficiales y los dos comisarios políticos: comed-beef saltado con cebollas y aceitunas, galletas y queso blanco. El comandante y el comisario político tienen la misma graduación en las bases de comandos de Al Assifa. El comandante decide la operación después de analizar las informaciones facilitadas por la patrulla destacada al efecto, pero también después de una discusión democrática con todos los combatientes que pueden, a veces, cambiar el itinerario o el desarrollo de la acción. «Actualmente —se me explica—, la falta de comisarios políticos constituye la mayor debilidad del movimiento». Desde Karamé, el movimiento se ha desarrollado tan rápidamente que es imposible formar a suficientes comisarios políticos. Hay varias escuelas de mandos que forman a comisarios políticos tanto para las bases de comandos en Jordania como para las de los territorios ocupados. Los mandos superiores deben ser, por otra parte, polivalentes: comandantes y comisarios políticos.

Ahmad, que es también uno de los responsables de las escuelas de mandos, me explica que en ellas se enseña la ciencia de la revolución, sus leyes, sus objetivos. «¿Un método marxista?», pregunto. Sonríe: «En el mundo árabe, sobre todo en medios con poca formación política, hay palabras que no pueden emplearse. No se utiliza este término». Enumera los temas que se dan en las escuelas de formación política y que toman como ejem-



Cada uno de los miembros de un comando ha sido elegido después de una dura selección. Durante los entrenamientos se producen víctimas. Aproximadamente la mitad de los voluntarios no consigue sobrepasar las pruebas. «Ese cincuenta por ciento —dicen los responsables— es de auténticos hombres». Todos los combatientes que participan en una operación han participado antes en una discusión abierta sobre ella. Después de tomar una decisión no se vacila.

plo diversas revoluciones clasificadas como revolución burguesa, revolución nacional (lucha de liberación), revolución nacional social o revolución puramente social: las revoluciones francesa, china, soviética, cubana y argelina. «Pero —dice Ahmad— a cada cual según sus posibilidades. Quisiéramos formar combatientes revolucionarios, no políticos. Se estudia también la historia de Palestina, la de la revolución de 1936, las razones de su fracaso, el porqué de la catástrofe de 1948, el sionismo, sus lazos con el imperialismo, así como los lazos entre la revolución palestina y otras revoluciones en el mundo. Algunas de las sesiones están reservadas a la actitud de los países árabes frente al problema palestino: la de los baassistas, los nasserianos, los comunistas locales. Se estudia, asimismo, el hebreo».

«Llévame contigo»

Terminada la comida nos reunimos con los jóvenes cursillistas, que están sentados en pequeños grupos. Hacen preguntas a los oficiales. Un muchacho se queja de que el oficial da órdenes con un cigarrillo en la boca; otro, de que este mismo oficial elige siempre las mejores manzanas. El oficial hace su autocrítica. Otro pregunta por qué el FLP no está integrado en la OLP como Al Fatah, y si Abu Amar, convertido en presidente de la OLP, va a dejar Al Fatah. Se le explica que la OLP es la entidad palestina que, bajo la dirección de Abu Amar, va a encargarse de la revolución.

Antes de nuestra partida, en la noche que cae, los futuros «fedayim» bailan en corro una «hora» en honor de Abu Amar. Escuchándoles la canción «Khodni Mak» («Llévame contigo»), viéndoles dar vueltas agarrados del cuello, me doy cuenta de que los sionistas no solamente les han robado sus tierras, sino también su folklore.

Salida hacia el valle del Jordán, zona militar prohibida: esta tarde vamos a seguir un comando cuyo objetivo es bombardear con cohetes una de las bases israelitas allí instaladas. Objetivo: el campamento de Djitflik. Situada cerca de Jericó hay una base de tanques y de helicópteros que protege a uno de los tres nuevos kibbutz del Nahal. El plan Allon prevé la instalación de otros catorce kibbutz en esta región; es decir, un total de diecisiete destinados a atezar la Cisjordania.

El jeep zigzaguea a merced de la carretera que bordea el precipicio. Abajo, el mar Muerto es de un color azul grisáceo; los montes de Judea, malvas. Entre la bruma se distinguen vagamente los minaretes de Jerusalén.

De vez en cuando, un control mi-



litar, mezcla de ejército jordano y Al Fatah. ¿Hasta cuándo?

Mis nuevos compañeros: además de Ahmad, responsable de la Información, Abu S., uno de los jefes militares de Al Assifa. (Todos los nombres de guerra amplexan por «Abu», «padre de...», sea cual sea la edad del responsable.) Es un hombre corpulento, jovial, cuyo aspecto contrasta fuertemente con el del joven «fidai» que lleva al lado, un muchacho moreno, alto y delgado que habla francés con acento de Bab-el-Ued. Es argelino. Sus padres creen que estudia música árabe-andaluza en El Cairo. Está convencido de tener la «baraka»: herido tres veces, una de ellas abandonado por creerle muerto. El cuarto ocupante del coche es un periodista de «L'Humanité».

Después de haber atravesado una de las numerosas bases anti-aéreas camufladas en grutas naturales y superada la ciudad de Salt, en la que aún se aprecian huellas del bombardeo con napalm del último verano, empezamos la bajada hacia esa brutal depresión que es el valle del Jordán, a más de trescientos metros por debajo del nivel del mar. Hace casi calor, y las plantaciones de naranjos suceden a los platanales. Aquí, a pesar de la guerra, algunos campesinos continúan trabajando la tierra, ayudados durante el día por los «fedayim», cuyas bases tejen en el valle una especie de inmensa telaraña.

Karamé. Rodeamos la ciudad muerta. Es aquí donde los dirigentes políticos de Al Fatah recibieron su bautismo de fuego. Casi todos estaban aquí reunidos. Se esperaba el ataque: no quisieron esquivar el peligro. Se luchó piedra

por piedra. A menudo con arma blanca. Algunos se levantaron sobre los tanques granada en mano. Son las dos.

Como en el Vietnam

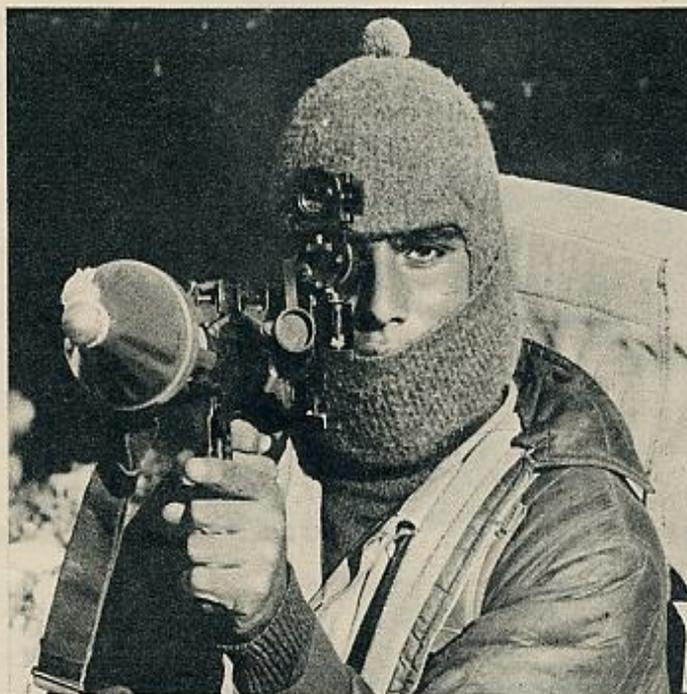
Vamos hacia el mar Muerto. Luego, unos centenares de metros a pie y a campo a través. De repente, detrás de los naranjos se distingue una ametralladora. Aparecen unos hombres. Nos espera una comida frugal. Como en el Vietnam, se vive bajo tierra. En una especie de cueva, el comandante Abu G., con su operador de radio, pone a punto una operación de cuya ejecución se encargarán una decena de hombres. Mientras esperan, los «fedayim» discuten con el comisario político, sentados en la hierba en torno a él. A veces se hacen preguntas a los periodistas. Tema preferido: los lazos entre la revolución palestina y la revolución mundial. «Nuestra lucha nos trasciende, como la de los vietnamitas trasciende al pueblo del Vietnam. También luchamos por liberar del sionismo a nuestros hermanos, los judíos». Hay que observar que aquí el enemigo es siempre el «sionista» o el «israelita». Cuando se habla del «judío» es para hablar de él como de un hermano.

Al anochecer, el grupo se pone en marcha. Después de haber vuelto a atravesar Karamé, dejamos los jeeps ocultos detrás de una casa en ruinas. Silencio. Evitamos encender cigarrillos. A medida que nos aproximamos al Jordán, vamos distinguiendo mejor lo que

ocurre en la orilla oeste. Al pie de los montes de Judea brillan las luces del campamento de Djitflik. Nos detenemos a cierta distancia del río con un grupo de protección. Otro grupo se aleja hacia la derecha para distraer la atención con sus disparos. Finalmente, los miembros del comando de ataque salen en fila india con el arma al hombro. Cada uno de ellos lleva un «krashinkov», fusil soviético automático fabricado en China. Según ellos, es la mejor arma del mundo. Tienen un lanza-cohetes y uno de ellos lleva un «RPJ», arma anti-tanque de fabricación rusa. Van a bordear el río para atravesarlo mucho más lejos, por un vado. Luego dispararán sobre el campamento de al lado, donde no se los espera.

A medida que avanza la noche se intensifica el fuego. Todo el cielo se ilumina. Se oyen sin cesar nuevas explosiones. A intervalos regulares, los israelitas lanzan cohetes iluminadores, llamados «flores», que convierten la noche en día. De repente, a la izquierda, detrás de las montañas, cerca de Jerusalén, una enorme explosión que abrasa al horizonte. Algo está ardiendo. «Un depósito de municiones», dice alguien. Es que a la misma hora tienen lugar tres o cuatro operaciones en esta zona central, otras más al norte, hacia Baisan y Galilea; otras al sur del mar Muerto. Es también la hora en que, en el interior del país, los campesinos abandonan sus casas, sacan las armas de los escondites de la montaña y van a tender emboscadas, minar carreteras, atacar un campamento o saltar un depó-

CON UN COMANDO AL FATAH



«Con Nasser vamos firando»

sito de agua. Al Assifa, el ejército de Al Fatah, no ataca más que objetivos militares o económicos y siempre en territorios ocupados. No elige objetivos civiles más que para «poner las cosas en su sitio», después de una agresión particularmente odiosa de los israelitas contra los civiles palestinos.

Al otro lado del río ladran los perros. Llega un jeep, apuntando al cielo con su batería anti-aérea. «Más de tres minutos —dice Kader, que hace la cuenta atrás—. Veremos si son puntuales». Y sí lo son. Un segundo después explota el primer cohete en el momento previsto. Los «fedayim» tienen tiempo suficiente para disparar otros tres antes de que se apaguen las luces del campamento. De repente, la orilla de enfrente se hunde en la oscuridad. Contamos cinco explosiones y salimos corriendo hacia los jeeps: el comandante Abu G. quiere deshacerse de nosotros, nos encuentra demasiado nerviosos. Para periodistas, ya hemos visto demasiado. Nos alejamos con los faros apagados por los caminos de montaña. Parece como si disparasen desde todos los lados.

Los «fedayim» vuelven a su base, a las cuatro de la mañana, sanos y salvos. Dicen haber disparado siete cohetes. Han destruido varios camiones. Sin duda ha habido heridos, porque vieron cómo llegaban ambulancias.

Unos días después, el mismo comando volvió a emprender idéntica operación. Pero, esta vez, los israelitas contestaron inmediatamente: el fuego barrió toda la zona que habíamos recorrido.

Al día siguiente, los periódicos dedicaron unas cuantas líneas al «intercambio de fuego» entre tropas Jordanas y tropas israelíes. Tuvimos la «baraka», como decía Kader.

Al final del viaje podemos hacer por fin el balance de todo lo que hemos aprendido. Algunas de las preguntas que antes nos formulábamos han encontrado su respuesta.

¿Por qué el comité central de Al Fatah decidió utilizar la OLP, organización fantoche creada y controlada por los gobiernos árabes, y merecedora antes del desprecio de casi todas?

El mayor peligro que amenaza a la revolución palestina es la división entre varias organizaciones. Hacía falta un organismo unificador: existía la OLP, con sus fondos, sus enlaces, su ejército, su armamento pesado. Al Fatah se siente lo suficientemente fuerte para tener en su seno a la mayoría. Los jefes de la OLP, que viven lujosamente en las capitales árabes, han de luchar o desaparecer.

—¿Cuáles son las relaciones reales de Al Fatah con los países árabes vecinos?

—Con Nasser vamos tirando por ahora. Al apoyar nuestra resistencia, ha conseguido salvar su régimen. En cuanto a nuestros amigos baassistas, desean la guerra popular, pero no consiguen movilizar a sus masas: no tenemos la culpa. Nos dejan hacer lo que queremos, porque, de todas formas, sus fronteras no nos interesan por el momento. ¿El rey Hussein? Tiene miedo y cree que queremos echarle del trono. ¿Quién quiere su reino desértico y poblado de refugiados? Sólo le pedimos que no nos apuñale por la espalda. ¿Los libaneses? Nos detienen o nos expulsan sin atreverse a confesarlo: acusan a nuestros militantes de ser comunistas proclinos. Pero los estudiantes y las masas populares están con nosotros.

—¿Cuál es la próxima etapa de la lucha?

—La movilización popular en los territorios ocupados para provocar una insurrección general. El terreno no se presta a las guerrillas de maquis, por eso serán, por necesidad, predominantemente urbanas. Ya en todas las ciudades de Cisjordania, en Napluse, en Ramallah, en Gaza han tenido lugar manifestaciones casi diarias. En las ciudades y los pueblos funcionan células de Al Fatah. Los comandos están constituidos por gentes del interior en cada vez mayor grado. Por otra parte, nuestra estrategia tiene por objeto la construcción, con los judíos de Israel, de

una Palestina laica, por lo que queremos unirnos a la lucha de un número cada vez mayor de judíos antisionistas, ya que el sionismo explota tanto a los judíos como a los árabes.

—¿Hay ya israelíes antisionistas que luchan con Al Fatah?

—Más de lo que se cree —se limitan a insinuar los dirigentes de Al Fatah—. Algunos son «fedayim». Otros dan informaciones, albergan a comandos. Hay además contactos, a título individual, con ciertas organizaciones como el Rakah o el Matzpen.

Un hombre, un voto

—¿Cómo llegar a esa Palestina laica?

—Cuando la guerra haya cubierto ciertas etapas, habrá negociaciones, pero no con el gobierno sionista, sino con representantes de la población de Israel, y en torno a una mesa redonda podremos ponernos de acuerdo. Los palestinos nunca han soñado con echar a los judíos al mar. Pero hasta mil novecientos sesenta y siete les había sido difícil dejar oír su voz. Ahora luchan y se les escucha. Además, las ideas evolucionan. No estamos ya en favor de un estado multiconfesional como el Líbano, sería reaccionario.

«El principio debe ser el de «un hombre, un voto». Poco importa que la mayoría elija a un presidente judío, si es democrático y no institucional.

—¿Qué quiere decir Palestina laica?

—Para Abu Amar, una Palestina

laica, pero que no sea un cuerpo extraño a lo que lo rodea: el mundo árabe. Que no sea un cuerpo extraño que tenga que recibir el oxígeno del Occidente. Para ello habrá de estar unida humana, económica, política y militarmente a lo que la rodea. Palestina debe ser árabe como Francia es europea.

Kamel Nassar, el anti-Chukeri, nuevo responsable de la información de la OLP, independiente pro Fatah, me dice:

—Si esta Palestina ve la luz, ¡cuántas cosas podremos hacer para beneficio de esta región del mundo, y para la humanidad, nuestros hermanos judíos y todos!

—¿No tendrían alguna razón los judíos para temer que los palestinos olviden sus bellas promesas, una vez creada esta Palestina laica y árabe?

—Comprendemos que, dado el modo en que se ha tratado últimamente a las minorías en ciertos países árabes, los judíos abriguen temores. Pero dependerá solamente de los judíos el que sean o no minoría una vez creado este estado. En el curso de la lucha, muchas cosas cambiarán en los países árabes. Hemos pedido una amnistía para todos los judíos de los países árabes que se fueron después del cuarenta y ocho, para que puedan volver y no tengan que temer nada. Pero creemos que si nuestra Palestina laica ve la luz, muchos judíos volverían a sus países de origen.

«Cuanto más fuertes seamos...»

—Las medidas tomadas últimamente contra los judíos en ciertos países árabes y la creciente ola de antisemitismo en las democracias populares como Polonia, ¿favorecen al sionismo y trabajan objetivamente para Israel?

—Ciertamente. Los que por antisemitismo animan a los judíos a emigrar a Israel son, a pesar de lo que digan, anémigos de los árabes. Cuanto más fuertes seamos, más podremos elevar la voz. Pero podemos decir ya que si hay judíos perseguidos en el mundo únicamente porque son judíos, nosotros, los palestinos, los acogeremos con mucho agrado —y Abu Y... precisó con una gran carcajada—: ¡Pero lo más que les podemos ofrecer hoy es que compartan nuestras tiendas de refugiados!

—¿Qué va a ocurrir ahora?

—Israel atacará de nuevo. Porque el sionismo juega su última carta. Ocupará nuevos territorios árabes. Y la lucha revolucionaria resultará mucho más fácil. De todas formas —dice Abu Amar—, nosotros, los palestinos, no tenemos más que perder que nuestras tiendas, y los pueblos árabes ganarán rompiendo sus cadenas. ■ A. F. Reportaje gráfico: CHRISTIAN SIMONPIETRI - Gamma.